

Salvia

Vamos pasando un campillo
como bañado de gracia,
aprentando sobre el pecho
como a tórtolas robadas,
el hábito de la menta
el ojo azul de la salvia,
el trascender del romero
y el pudor de la albahaca.

Corto con la mano de aire,
corto como desvariada
y, voleando el manejo,
les miento sus cuatro patrias:
La Castilla y la Vasconia,
La Provenza y la Campania.

Llegué al punto de su flor
y sus bodas azuladas.
Toda hierba amé, pero ésta
siempre fue mi ahijada.
Lento el hábito, ojos dulces
y este fervor que las alza.

Aquí estoy mirando cuatro
bultitos de encuelladas,
tan atentas con sus dulces
cuellos de niñas alzadas.

Matas de azul no engreidas,
en su hábito balanceadas,
así apresurando azules
y volando aligeradas.

Esta siesta se la doy
y ellas me la dan sobrada.
Aunque les vuelvo sin bulto,
mera señal, bieza fábula.

¡Qué bien que estamos así
por el encuentro arrobadas!
Sobran la ruta y las gentes
y el tiempo que antes volaba.

— GABRIELA MISTRAL

Editorial

Apostolado Seglar

"VOSOTROS sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz mundo" (Mateo 5, 13-14). Estas palabras las dirigió Jesús, en su mensaje de la montaña, no sólo a los apóstoles, sino a "todo este gentío" que veía ante Sí. "Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifique a vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo 5, 16). En estas palabras finca el llamado de Cristo al apostolado seglar. Por este apostolado entendemos la cooperación apostólica de los seglares, sean hombres o mujeres, a la extensión del reino de Dios en la tierra.

Esta cooperación se deduce también, al decir de san Pedro, de la común "clase de sacerdotes reyes" (1 Pedro, 2-9), por la cual se condiciona no sólo el co-ofrendar el sacrificio en el altar y la inmolación de sí mismo, sino también la acción apostólica en la sacrosanta obra de divulgación del reino de Dios. El deber del trabajo apostólico también se hace patente en la solidaridad de la humanidad y en la íntima trabazón anímica que media de hombre a hombre. "Uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos" (Mateo 23, 8). "Comportad las cargas unos con otros, y con eso cumpliréis la ley de Cristo" (Gálatas 6, 2).

Esta trabazón entre almas se halla cimentada en el misterio de la más estrecha unión sobrenatural de los redimidos en "un solo cuerpo" del cual "Cristo es la cabeza." De él todo el cuerpo trabado y conoero entre sí, recibe por todos los rasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente a cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su edificación mediante la caridad" (Efesios 4, 16).

Finalmente el deber del apostolado seglar se basa en la promesa que diera Jesucristo, promesa que encierra asimismo un mandato: "Todo aquel que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos" (Mateo 10, 32). Es cierto que la religión cristiana, más que cualquier otro asunto, es cosa del corazón, pero en modo alguno debe constituirse en asunto exclusivo del corazón que en él se agote y se consuma. Muy al contrario, ella debe abarcar la totalidad y la integralidad del hombre y transformarse en levadura que no cese de trabajar hasta que haya penetrado todo: individuo y familia, cocueta y colectividad, estado y pueblo.

Este pensamiento ya alcanzó eclosión externa en el cristianismo prístino, como lo atestiguan los Hechos de los Apóstoles y las cartas de san Pablo. "También te pido, oh fiel compañero, que asistas a éas que conmigo han trabajado por el Evangelio con Clemente y los demás coadjutores míos..." (Filipenses 4, 3). Aun en tiempos postapostólicos, la Iglesia constantemente admira y ponderaba la labor apostólica de los seglares.

El apostolado no es privilegio o una misión exclusiva de un grupo reducido dentro de la Iglesia, sino una vocación universal del cristiano, en virtud de su misma inserción en el Cuerpo Místico de Cristo, de su participación en la vida de Cristo.

El gran apostolado que el seglar, cualquier seglar, está llamado a ejercitar, es el de una vida cristiana consciente y fuerte, valiente y alegre, que informe todos sus actos y sea como una levadura en medio del mundo que le rodea; del mundo que observa sus obras para juzgar su fe;

(Continúa en la pag. 40)